

En definitiva, Margarita Comas dejó un amplio legado que ha sido recogido en este libro, el cual además de recuperar a una mujer relevante para la educación y la investigación en el campo científico, pone a nuestra disposición documentos poco —o nada— conocidos que, en muchos aspectos, siguen siendo de actualidad. ■

Esther Rubio Herráez, Madrid

Francisco J. Martínez Antonio. Intimidades de Marruecos. Miradas y reflexiones de médicos españoles sobre la realidad marroquí a finales del siglo XIX. Madrid: Miraguano Ediciones; 2009, 366 p. ISBN 978-84-7813-335-2, € 26,00.

Francisco J. Martínez Antonio es un conocido especialista en las relaciones médico-sanitarias entre España y Marruecos durante la Restauración. En esta ocasión nos presenta una antología de textos de médicos militares españoles destacados en Marruecos a finales del XIX. El libro no está centrado en los aspectos científicos o en la labor sanitaria de estos médicos, sino que pretende ofrecer una perspectiva general de su visión de las relaciones hispano-marroquíes. Se parte, desde un principio, de la idea de que las opiniones de estos médicos son elementos claves para una comprensión cabal del africanismo español de la época. Tanto la selección de textos de los doctores Francisco Triviño Valdivia (1861-1934), Felipe Ovílo Canales (1850-1909) y Adolfo Ladrón de Guevara (1847-1897), como su ordenación, obedecen al objetivo declarado de ir más allá de la mera recuperación de trabajos de difícil acceso. Se trata, fundamentalmente, de presentarlos a un público más amplio que rebase el de los especialistas en las relaciones hispano-marroquíes. Ésa es la razón por la que no se ha respetado el orden puramente cronológico, buscando que fuera un libro que se pudiera leer como tal de principio a fin. Ello en gran medida se cumple, aunque quizás se tendría que haber sido más cuidadoso con algunas repeticiones que obstruyen, aunque en menor medida, la fluidez de la lectura. El libro se estructura en torno a seis capítulos: «La entrada en Marruecos», «El Estado: monarquía, administración, justicia y ejército», «La mujer marroquí», «Las razas de Marruecos» e «Higiene pública, cárceles y beneficencia». La antología de textos viene precedida por una rigurosa y esclarecedora introducción a cargo del propio Francisco. J. Mar-

tínez Antonio y se acompaña de unas soberbias ilustraciones procedentes del semanario *La Ilustración Española*. Quizás hubiera sido de utilidad, para profanos y no profanos, un índice onomástico y temático.

Aunque el libro se dirige desde el principio a un público amplio —es posible que con la intención no declarada de beneficiarse del mercado relativamente saludable de todo lo referente a la literatura de viajes— no es menos cierto que es especialmente interesante para todo tipo de especialistas, desde personas interesadas por la geografía histórica, hasta —y se diría que de manera muy especial— las procedentes de la antropología cultural o la Musicología. Ahora bien, aunque el libro no se centre en la labor científico-médica de los doctores citados en Marruecos, ello no lo hace menos relevante para historiadores de la medicina y la ciencia. Esta antología de textos es fundamental desde tres puntos de vista. En primer lugar, su lectura nos permite entender por qué los médicos se convirtieron en agentes privilegiados de la política española de penetración pacífica en Marruecos. O más precisamente, comprender por qué la labor de médicos y sanitarios se hacía especialmente conveniente para una política colonial de carácter tan específico. Por otro lado, pone en cuestión la idea de que todo intento de expansión colonial tenga que venir acompañado con la música de fondo de ese ente mal definido llamado *darwinismo social*: existían otras ideologías legitimatorias —científicas o no científicas— igualmente eficientes. Finalmente, nos asoma a la especial complejidad de todo proceso de *alterización*, en que no pocas veces las distancias entre el *nosotros* y los *otros* si no se achatan hasta confundirse, sí al menos se vuelven especialmente inestables.

Sobre lo primero, tanto la introducción como los textos seleccionados son especialmente reveladores. Los médicos son útiles para una política exterior española en Marruecos necesariamente limitada en sus fines pero que se percibe como igualmente necesaria. La guerra de 1859-60 había mostrado cómo la acción militar no se tradujo en ventajas inmediatas para España. Antes al contrario, se percibió claramente que abría la puerta a potencias, como Francia, que sí tenían capacidad de llevar adelante un programa de expansión colonial basada en la mezcla de expansión militar y penetración pacífica. La debilidad española obligó a elaborar una estrategia basada en el apoyo a las reformas económicas, administrativas y militares en el imperio xerifiano, renunciando a un dominio colonial *sensu stricto*, a cambio de obtener el protagonismo principal en este proceso reformista. El sostenimiento de la propia existencia de Marruecos era esencial. La presencia de potencias extranjeras al otro lado del Estrecho era presentado como un problema de política interior. Era la propia integridad territorial del país la que estaba en juego.

La profesión médica se adaptaba especialmente a este tipo de política colonial de bajo perfil. De hecho, lejos de limitarse a la salud, los médicos militares pusieron al servicio de la diplomacia y del ejército sus conocimientos, participando activamente en el debate sobre el papel de España en la cuestión marroquí. Ellos, como nos cuenta con especial sutileza Francisco J. Martínez Antonio, tenían a su alcance un mecanismo específico para obtener información sensible, y que, desde luego, no estaba al alcance de militares, comerciantes o simples viajeros. Me refiero a la preferencia que daban, tanto la población como las autoridades locales, al médico cristiano. Los facultativos accedían a la intimidad marroquí: a las viviendas, a los barrios no europeos de las ciudades, al casi inaccesible interior del país, a los cuerpos (siendo especialmente valorado, y no por casualidad, los de las mujeres). Más allá, incluso de la obtención de valiosa información, los doctores españoles eran un poderoso agente de atracción mediante la asistencia gratuita y, posiblemente, la vacunación de la población en general.

Ahora bien, no todos los médicos participaban del mismo punto de vista sobre la acción española sobre el terreno y es éste un asunto clave que aparece bien representado en el libro. Quizás el ejemplo más canónico de identificación con lo que propugnaba el *establishment* político se pueda encontrar en los textos seleccionados de Felipe Ovilo Canales, quien no en vano formaba parte de las élites políticas y culturales (se trataba de un ateneísta) de la Restauración. En ellos Ovilo insiste en que España no podía ni debía ejercer una acción estrictamente colonialista basada en la expansión militar, sino en auxiliar —él representaba a Marruecos como un pueblo menor de edad— un profundo proceso de reformas que recordaban, no poco, a las propuestas por el programa regeneracionista para la propia España. Estas eran esenciales para el sostenimiento del imperio marroquí, y, como se ha dicho más arriba, se entendía que por ello mismo eran fundamentales para mantener la integridad territorial de la propia España. En realidad, el discurso de unos y otros sobre la cuestión marroquí, vendría a reflejar en cierta manera la situación social, política e institucional de estos peculiares agentes de la penetración pacífica española. Mientras que Ovilo, dejando aparte su importante labor sanitaria, estuvo directamente implicado en la vertiente diplomática de las relaciones hispano-marroquíes, el trabajo de Adolfo Ladrón de Guevara discurrió por escenarios secundarios de los territorios controlados por España. La hostilidad manifiesta del segundo frente al imperio xerifiano contrasta con la visión mucho más matizada del primero. Las críticas de Ovilo —a veces feroces— parecen dirigidas a evidenciar la necesidad y potencialidad de la reforma, mientras que las de Adolfo Ladrón de Guevara —demoledoras en todo lo referente a higiene pública, cárceles y beneficencia— tienen el declarado

propósito de legitimar una intervención cuyo carácter no se precisa pero que el lector intuye no poco agresiva. Incluso pareciera que sus detalladas descripciones de las defensas de diferentes ciudades marroquíes fueran más propias de alguien que desde luego no descarta una intervención militar. En lo que respecta a Francisco Triviño, su labor se vio reducida a una pálida sombra del aliento y alcance de la acción sanitaria y diplomática de Ovilo. Ello se refleja en unos textos menos elaborados intelectualmente que los de aquél, en que Marruecos aparece como un estado decadente sin matices.

Una de las grandes aportaciones del libro es, en consecuencia, ilustrar cómo la distinta situación profesional/institucional de estos médicos tenía no poca influencia en el discurso colonial de unos y otros. Ello contrasta con la narrativa, no poco habitual, en que un artefacto de perfiles mal definidos llamado darwinismo social —acompañado del racismo científico— aparece como la cobertura ideológica dominante de la expansión imperial europea a finales del XIX. Ya hace tiempo que quienes cuestionan esta visión simplificada de las cosas reclaman la necesidad de tocar tierra, es decir, saber qué pensaban aquellos embarcados de manera efectiva en las empresas coloniales. La antología de textos reseñada aparece como una saludable llamada de atención que nos permite pensar que el discurso colonial no es una entidad uniforme, y que, tiene no poco que ver con la situación de cada nación colonizadora, la interacción entre colonizador y colonizado que ese hecho determina, así como el perfil socio-profesional de aquellos que actúan de manera efectiva sobre el terreno. El libro es un buen ejemplo de cómo la expansión del evolucionismo —cosa por otra parte indudable— no supuso el abandono súbito de las justificaciones tradicionales del colonialismo basadas en consideraciones de orden estratégico, patriótico, económico o cuando no religioso. Un hilo conductor recorre todos los textos reseñados: el derecho que asiste a las naciones *civilizadas* de influir de manera decisiva en un pueblo y una nación que vegeta en la oscuridad de la Edad Media. A lo que los textos de Ovilo añaden un verdadero tópico del momento: un análisis de las líneas de fractura que impiden la constitución de una verdadera nacionalidad en Marruecos, entre las que destaca la heterogeneidad racial (cosa a la que se dedican largas reflexiones). No deja de ser un trasunto de toda una literatura del desastre que recorre Europa desde la derrota francesa en 1870 y que alrededor de 1898 alcanza su cenit en España.

Por otra parte, una de las razones que se aducen para que España tenga mayor derecho que otras naciones civilizadas para intervenir en las cosas de Marruecos es la comunidad de sangre. Ésta es una de las grandes contribuciones del libro: hacer ver hasta qué punto eso que llamamos procesos de alterización

pueden ser complejos más allá de la aplicación mecánica de conceptos tomados de la antropología evolucionista. Si se sobreentiende que los *moros* son una raza *mezclada* en que interviene la aportación hispánica, si se ha compartido un pasado histórico glorioso (los tres doctores comparten una idealización del pasado andalusí), las distancias insalvables establecidas por el racismo científico pierden su utilidad. Ello determina un grado de ambigüedad indudable a la hora de establecer distancias entre españoles y marroquíes. No es que se desconozca la aportación de los antropólogos —Ovilo cita con conocimiento de causa a Topinard y critica los efectos de la miscegenación, Triviño habla del «ángulo cefálico»— sino que se es muy probablemente consciente de que en consonancia con las relaciones hispano-marroquíes, la aplicación de un racismo científico podría ser contraproducente. Las distancias entre el nosotros y el otros se establecen, fundamentalmente, en el plano histórico: Marruecos no sólo es un estado fósil que permanece estancado en la Edad Media, sino que por su propio estancamiento es un ente decadente destinado a desaparecer. La superioridad que ninguno de los doctores cuestiona se basa en la diferencia de dos naciones en estadios distintos en su desarrollo histórico, no en características raciales que unen más que separan. Ahora bien, mientras que Triviño y Ladrón de Guevara ven una brecha insalvable, Ovilo tiene más fe en el poder de la reforma: la degradación de las distintas razas de Marruecos no se deriva de su natural condición, sino de la desastrosa organización política y social del imperio. No menos importante a estos efectos es el papel clave asignado a la religión. El Islam, es señalado como una de las causas principales del atraso del país. La idea de la superioridad del cristianismo sobre la religión mahometana es algo que evidencia de manera muy notable el estudio de Ovilo sobre la mujer marroquí. Su estado de sujeción, de inferioridad sobre el varón, es algo sancionado por el Corán aunque reconozca que —en su momento— la predicación de Mahoma mejoró la condición de las mujeres. Es el cristianismo el que pone a mujeres y hombres en un pie de igualdad. Igualdad *sui generis* porque Ovilo entiende que la misión de la mujer es, en gran medida, dulcificar la áspera vida del hombre, y, sobre todo, la maternidad.

La antología de textos elaborada por Francisco J. Martínez Antonio, en conclusión, es una lectura muy aprovechable para amantes de la literatura de viajes, puede ser interesante para especialistas en las relaciones hispano-marroquíes, pero, sobre todo, es ineludible para quienes desde la Historia de la Medicina y de la Ciencia quieran aproximarse a los límites de las justificaciones científicas de la expansión colonial sin ideas preconcebidas. ■